

LOS romanos, refinados en su Derecho, del que hoy somos tributarios hasta el punto de ser considerado éste como uno de los pilares que sostienen a nuestra civilización occidental, parece que eran algo más brutos cuando se trataba de la extracción del oro, metal de características muy ponderadas por los científicos, pero más aún por los avariciosos, con su brillo que engancha y marea. Montañas se remueven para conseguirlo.

Y nunca mejor dicho, en el caso de nuestros civilizadores itálicos. Ahí están Las Médulas, allá por el Bierzo, de las que tuve noticia por Luis del Olmo hace ya algunos años mientras comíamos en Zafra. Allí la técnica minera de la *ruina montium* se utilizó profusamente. Fijense, horadaban el monte con galerías, acumulaban grandes masas de agua transportada por canales, la soltaban bruscamente y la fuerza arrolladora de la avenida circulando por los túneles hacía que se produjera el desmoronamiento del monte. Más abajo, en los lavaderos, recolectaban la cosecha. El objeto de la ambición, tantas veces, nada en el fango.

Ciertamente, con la mentalidad de hoy y los costes de explotación actuales, la técnica romana sería inviable, aunque en aquellas fechas, con mano de obra que intuyo no muy cara, supongo que obtuvieron pingües beneficios. Frente a la violencia de la riada, los buscadores tradicionales, con sus cedazos, ciernen las arenas de los ríos en busca de las pepitas. La ambición es la misma, pero el método menos agresivo. El rendimiento ha de ser menor con seguridad. No es lo mismo un aluvión inmenso que espigar al por menor.

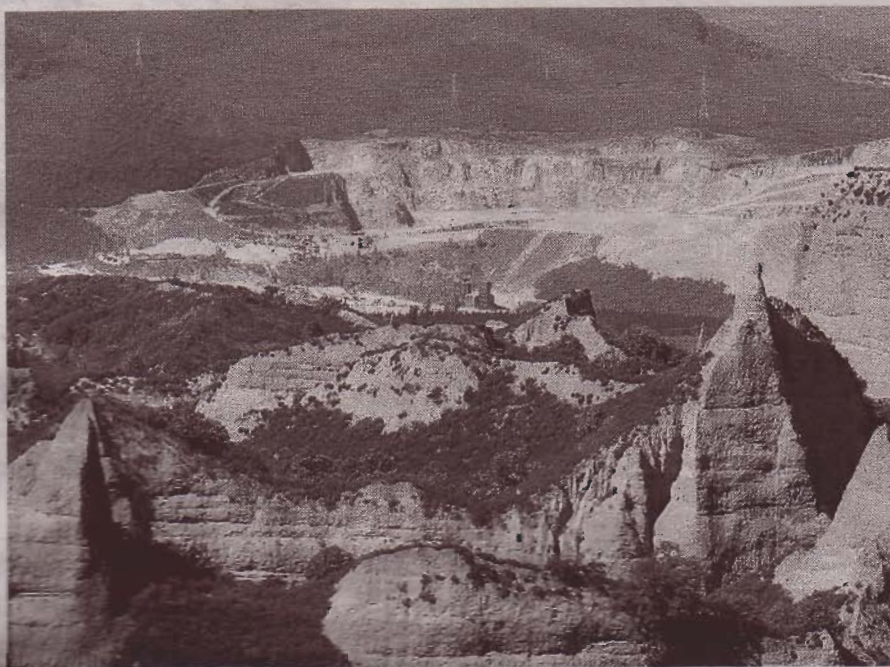
En éstas deben de andar en algunos ámbitos políticos, donde los resultados de explotación no parecen del todo satisfactorios. Se sabe que el oro está en alguna parte, que hay riqueza acumulada a la que no se llega y los nervios están a flor de piel. Cuando en las arenas no se encuentran todas las pepitas que uno quiere, el corazón se acelera. Donde no hay harina, todo es mohína. La tentación de la *ruina montium* asoma a la vuelta de la esquina. El enfrentamiento con los que están en el arroyo parece inevitable. Están a punto de volar cedazos.

En alguna parte han utilizado sin miramientos el método romano. Lo que pasa es que cuando el aluvión no se controla adecuadamente, las arenas auríferas

¿Ruina montium?

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

«La prudencia es siempre buena compañera de viaje. No estoy muy seguro de que Nietzsche lleve la razón cuando dice que aquello que no nos mata nos hace más fuertes»



escapan a la criba y el fango se adueña de los alrededores sin provecho alguno. Para la práctica de la *ruina montium* se precisan ingenieros muy cualificados, los aficionados no sirven. Muchas veces, en busca del giro copernicano, del cambio radical, se queda uno en el lampedusiano, de Lampedusa. Sí, el autor de *El Gatopardo*, uno de cuyos personajes, Tancredi, sobrino del protagonista don Fabrizio, en pleno proceso revolucionario en Italia, venía a decir a su tío algo así como que había que cambiarlo todo para no cambiar nada. Para ese viaje no se necesitan alforjas. Ni desmoronamiento de montañas, ni nada.

¿Qué es mejor, entonces? ¿Renovar ordenadamente las tropas de flemáticos lavaderos de arena, pasando a situación

de eméritos a quienes falla la vista o padecen reuma, mientras se incorporan otros que puedan estar más atentos al brillo del oro, o intentar, cueste lo que cueste, desmoronar la montaña y aprestarse a recoger la riqueza oculta? Probablemente la cuestión dependa de si se dispone de los ingenieros suficientes, que éstos sepan cómo hay que hacer las cosas, y que las perspectivas sean reales. La prospección previa es inevitable. Trabaje, pero seguro. La prudencia es siempre buena compañera de viaje. No estoy muy seguro de que Nietzsche lleve la razón cuando dice que aquello que no nos mata nos hace más fuertes.

■ JUAN CARLOS FERNÁNDEZ. Ex concejal en Zafra